

# El envejecimiento de las personas

Julio Pérez Díaz / Centre d'Estudis Demogràfics (UAB)

## Introducción

La población mundial envejece y, en dicho proceso, cada país ha llegado más o menos lejos en función del grado de desarrollo socioeconómico alcanzado. En definitiva, se trata de un proceso de cambio prácticamente planetario pero con un grupo claro de países precursores, entre ellos los europeos.

Esta evolución histórica fue uno de los principales argumentos en la ofensiva ideológica y política iniciada en los años ochenta en contra del modelo de Estado «social». De no mediar severas medidas de ajuste, el cambio en la estructura por edades había de provocar el colapso interno de tan costosa construcción.

Al margen del cierto o incierto carácter ineludible de las reformas, hay algo paradójico en todo esto: el envejecimiento demográfico no es un resultado progresivo de cambios históricos de largo alcance temporal; no se le puede rastrear desde, pongamos, la antigüedad, el medioevo o el renacimiento, para seguir después su sostenida evolución hasta nuestros días. Es, por el contrario, el síntoma privilegiado de una auténtica revolución en los sistemas demográficos y, por ende, en la supervivencia humana, iniciada, sólo en algunos países, en el siglo XVIII.

La paradoja está en que, desplegándose ante nuestros ojos (y, por cierto, a gran velocidad)<sup>1</sup> el resultado directo de este hito evidente del progreso humano, el análisis de sus consecuencias económicas y sociales ha sido sistemáticamente pesimista.<sup>2</sup> De nada sirve la constatación empírica y continuada de que, por el contrario, son las poblaciones de mayor madurez demográfica las que presentan también mejor situación en cuanto a crecimiento económico, dinamismo empresarial, creatividad cultural o innovación tecnológica.<sup>3</sup> Nada de todo ello parece suficiente a quienes siguen sosteniendo que la pirámide por edad de, digamos, Somalia resulta preferible.

Una vez se dan por ciertos los resultados perniciosos, las posiciones políticas quedan articuladas en dos grandes tipos de propuestas: hacer economías y reducir gastos de manera anticipada, evitando así una crisis total del sistema que degradaría gravemente las condiciones de vida de los mayores (y de los demás), o mantener y reforzar las funciones de protección ante el previsible aumento de personas necesitadas. El choque dialéctico produce tibias soluciones de compromiso, como en la Asamblea Mundial del Envejecimiento de 2002 en Madrid, pero lo cierto es que es la primera postura la que cosecha mayores éxitos.

Pero en todo este debate hay, al menos, dos presupuestos aparentemente aceptados por todos los contendientes y que, sin embargo, son falsos:

- Que el envejecimiento de las personas sigue pautas y tiene consecuencias ya conocidas, muy inertes e independientes del momento histórico. La vejez es la vejez, y la proliferación de quienes la padecen no puede ser nada bueno.

- La irrupción del Estado en la regulación, fomento y financiación de los sistemas de previsión y de bienestar es la principal explicación de que la triste vejez se haya visto parcialmente paliada en los países más desarrollados.

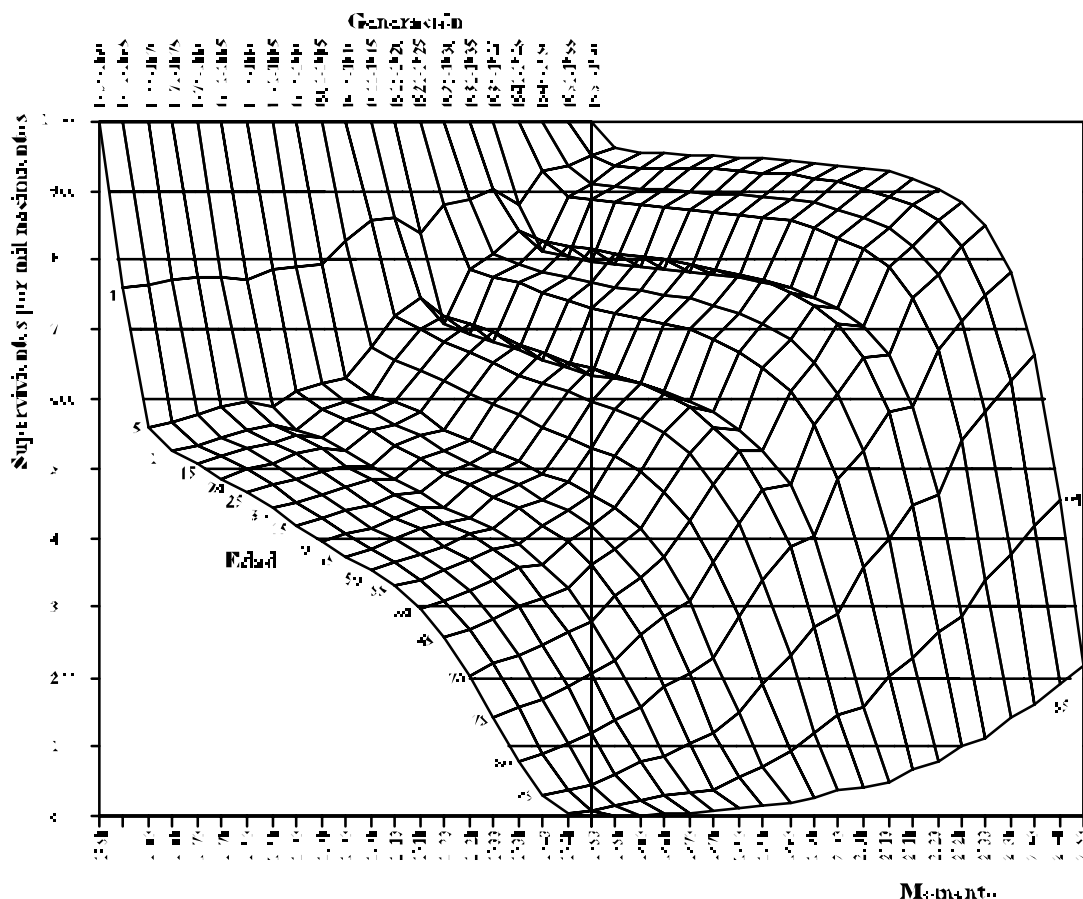
Para argumentar la falsedad de ambas no es necesario alejarse mucho de la demografía, pero sí cambiar de óptica. A la pregunta sobre el modo en que envejecen las personas debe responderse tratando las edades como etapas de su vida, y no como criterio de clasificación de las personas que viven simultáneamente en un mismo momento.<sup>4</sup> El cambio en la pirámide por edades es un cambio transversal, y en él las edades corresponden a personas distintas. Pero la transición demográfica tiene también una expresión longitudinal en el modo en que cada cohorte de nacimientos ha ido atravesando las sucesivas edades de su vida. Cuando llegan a edades avanzadas, su situación dentro del conjunto social depende, ciertamente, de los derechos y recursos que éste les otorgue en ese momento, pero también (y creo que principalmente) de lo que haya sido de toda su vida anterior.

### **¿Es hoy distinto el envejecimiento de las personas?**

La introducción de una perspectiva generacional modifica, claro está, nuestra visión acerca de cómo ha ido encarnándose históricamente la vejez. Pero esta afirmación puede resultar vana, por obvia, si los cambios no son de una entidad suficiente: cada momento histórico ha producido una particular significación social de la vejez y la actual podría no ser nada extraordinario.

Pero la transición demográfica ha hecho algo más que cambiar significaciones: ha cambiado, sobre todo, cuántos de los nacidos llegan a sobrevivir para poderse investir de ellas:

Supervivientes por edad. Generaciones españolas 1856-1960. Mujeres.



Fuente: Pérez Díaz, J. 2001.

Nota: cada curva corresponde la columna de supervivientes en las tablas de mortalidad de las sucesivas generaciones.

Es sabido que la supervivencia actual es muy superior a la de hace apenas un siglo. En España la esperanza de vida era de unos 34 años en 1900 y, aunque ya había experimentado algunas mejoras durante el siglo XIX, apenas había cambiado en toda su historia anterior. Pero el espectacular progreso que conduce hoy a una posición ventajosa en el conjunto mundial (más de 80 años de vida esperable) suele verse como un «más de lo mismo», sin demasiada consciencia de las implicaciones que un cambio de esta magnitud tiene no ya para la mortalidad, sino para los transcurso vitales «tipo» y, por lo tanto, para la manera de envejecer. Una de tales consecuencias, fundamental para los sistemas demográficos, es que, en algún momento de dicho proceso se ha alcanzado lo que podría calificarse de «eficiencia reproductiva».

En efecto, el progreso de la supervivencia no es indistinto en sus sucesivos logros; existe un umbral cualitativo, crucial, consistente en que la mayor parte de los que nacen sobreviva el tiempo suficiente para tener ocasión de formar pareja, engendrar hijos y criarlos. Puesto que el cumplimiento completo de tales tareas de

reproducción biológica y social es lo que caracteriza la madurez de las personas, a esa supervivencia de más de la mitad de los nacimientos hasta pasados los cincuenta años de edad la he llamado en otra parte «madurez de masas»(Pérez Díaz, J. 2003). Si se observa el gráfico anterior podrá comprobarse que las primeras generaciones femeninas españolas que la consiguen nacen en los años 1901-1905. Quiere ello decir que la madurez de masas se alcanza en España cincuenta años más tarde, ya en la segunda mitad del siglo XX, y que todas las generaciones anteriores habían alcanzado los 50 años previamente mermadas en más de la mitad de su efectivo inicial.

Este cambio crucial implica eficiencia reproductiva porque la «democratización» de la supervivencia supone también un mayor reparto del trabajo, de modo que con un esfuerzo individual menor se consiguen mayores resultados. Las generaciones anteriores tenían una elevada fecundidad, en efecto, pero pocos sobrevivían para ejercerla. En cambio, con la madurez de masas es posible reproducir la población con muchos menos hijos por mujer. Si, además, éstos viven mucho más tiempo que sus progenitores se explica que la población española no decrezca teniendo la menor fecundidad del mundo y después de un cuarto de siglo de natalidad menguante.

Por técnico que parezca este asunto, debe recordarse que el eje producción-reproducción es el que ha articulado durante siglos las diferencias de género, las estrategias familiares y la sucesión de etapas de la vida. Nada menos que la supeditación de la mitad de la humanidad (la femenina) a las tareas reproductivas como principal ocupación toca a su fin en este proceso.<sup>5</sup>

A la eficiencia reproductiva debe añadirse, además, otro efecto crucial de la democratización de la supervivencia: la seguridad en la presencia de los demás. Si las probabilidades de alcanzar la madurez se vuelven mayoritarias para los sujetos, quienes les rodean, especialmente en la familia, pueden adaptar consecuentemente su comportamiento.

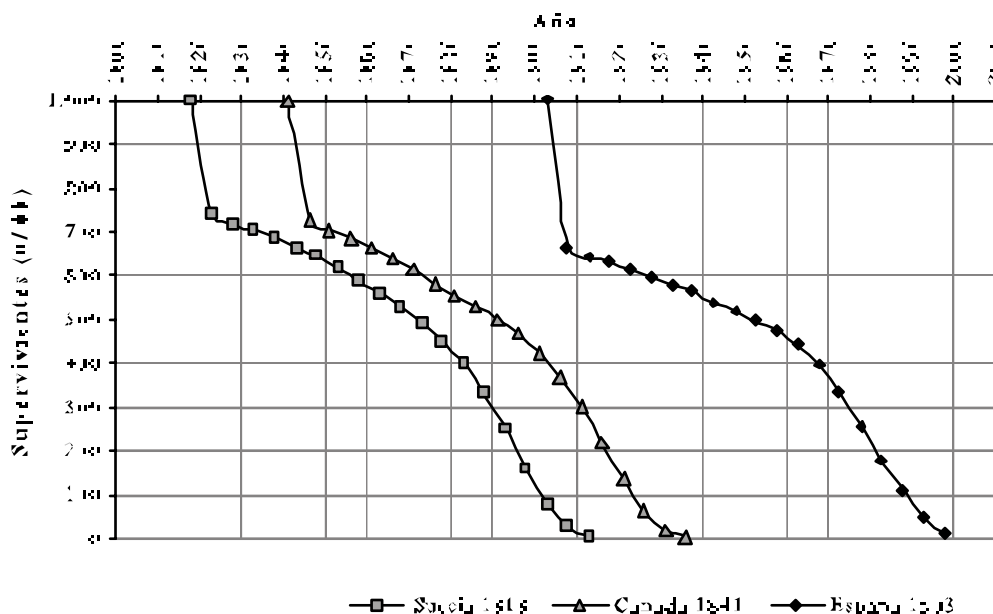
Sólo algunos recuerdan que hubo un tiempo en que la orfandad prematura era frecuente, en que la principal amenaza para las uniones no era el divorcio sino la muerte del cónyuge, en que la excesiva especialización de los miembros de la familia era un riesgo inasumible, y todos debían ser capaces de hacerlo todo. La forma «nuclear» de los hogares era una lujo y convenía mantener convivencias mucho más extensas para minimizar los riesgos de hundimiento de la economía doméstica tras el fallecimiento de alguno de sus puntales. Nuestros mayores sí recuerdan que fueron poco a la escuela, que empezaron a trabajar a los doce o trece años y pasaron buena parte de su juventud haciéndolo para llevar un sueldo a sus padres o para cuidar de la casa y de sus hermanos. Como ya nos mostró Phillippe Àries (1987), la infancia es un invento reciente. Sin la supervivencia suficiente hubiese sido imposible.

Esa seguridad, el menor número de hijos y, claro está, la mejora de los recursos disponibles para criarlos, han acabado por configurar generaciones que rompen la dinámica ancestral de explotación del trabajo de sus hijos. De hecho, la relación es circular, como se encargó de argumentar en su día J.C. Caldwell (1980): cuando las familias empiezan a invertir en sus hijos más de lo que obtienen de ellos empieza a producirse el descenso transicional de la fecundidad. Y yo añadiría que es entonces cuando, ya desde la infancia, empieza a configurarse una vejez nueva.

**La vejez triunfante**

La madurez de masas se produce mucho antes en otros países desarrollados que en España y, aunque las estadísticas generacionales de mortalidad no abundan, puede al menos hacerse alguna comparación que lo ilustra:

Primeras generaciones de la madurez de masas en Suecia, Canadá y España.



Fuente: Pérez Díaz (2002)

Lógicamente, «problemas» como el descenso de la fecundidad o la llegada masiva hasta la vejez también se vivieron en ellos con bastante antelación y de manera más gradual. España (la juventud española) puede presentar en la actualidad comportamientos sociodemográficos similares a los de otros países desarrollados, pero la rapidez con que se han anulado las diferencias históricas produce en nuestra población una peculiarísima constelación convivencial de generaciones.

En mi opinión esta peculiaridad la convierte en un campo de observación privilegiado para detectar los efectos de las transformaciones generacionales sobre la vejez e, incluso, clarificar cómo cambió ésta en otros lugares.

A título de ejemplo: el tránsito desde las sociedades laboralmente agrarias hasta otras industriales debe haber producido, en todos los países desarrollados, unas generaciones intermedias (que integran a menudo una traumática emigración rural-urbana). Ese tránsito rompe con las estrategias familiares de reproducción social, con las pautas tradicionales de transmisión del patrimonio y con la continuidad familiar de los oficios y saberes. Pues bien, en muchos de tales países esas generaciones nacieron en el siglo XIX (Inglaterra en 1900 ya sólo ocupaba el 9% de sus trabajadores en el sector agrario), pero en España la culminación de la industrialización es brusca y tan tardía que debe esperar a los años sesenta del siglo XX (década que aún se inicia con un tercio de los ocupados en el sector primario).

Estas generaciones «transicionales», que se dibujan de forma diáfana en España, están muy mal preparadas para la vejez: se invirtió muy poco en su

educación, trabajaron desde la infancia, emigraron ya adultas y a menudo con familia a costas dejando atrás tierras, posesiones y oficios. Al llegar a las ciudades ocuparon puestos de muy baja cualificación y mal remunerados (en la construcción con gran frecuencia) y apenas tuvieron tiempo de cotizar algo como trabajadores asalariados. Encarnan una primera «vejez de masas» desposeída, dependiente, empobrecida, que en España, a todo lo anterior, suma una juventud fracturada por la guerra civil, pero debe haberse producido también y mucho antes, en los países más industrializados.

El pionero surgimiento de la gerontología en Estados Unidos es probablemente resultado de la llegada a la primera vejez de tales generaciones, casi medio siglo antes que en España. Ello explicaría, sociológicamente, la vejez por la pérdida de roles y estatus (eran tiempos de funcionalismo), hasta llegar a recomendarse el «desenganche» voluntario como la mejor manera de sobrellevar ese proceso.<sup>6</sup> Es en esos años y en esos países pioneros donde antes se observa el dramático contraste entre tales «ancianos del mundo industrial» (Simone de Beauvoir, 1983) y sus jóvenes descendientes, educados, urbanos, industriales, con oportunidades vitales y de consumo sin precedentes, con una situación, en definitiva, mucho mejor que la de sus padres. Se consolida una definición de vejez asistencial, protectora y conmisericordiosa, «naturalizada» teóricamente como el resultado inevitable del nuevo sistema productivo, e importada en la tardía eclosión de la gerontología en España, allá por los años ochenta y noventa.

Pero las generaciones se suceden, y los nuevos jóvenes se hacen mayores. Las primeras constataciones del cambio se producen a mediados de los años ochenta, en plena respuesta a la crisis «del petróleo». En EEUU, con Reagan, el gasto público en pensiones empieza a ser atacado y la tradicional pobreza de los mayores revisada minuciosamente. En ese contexto el entonces presidente del Population Council, Samuel Preston (1984), constata sorprendido que el envejecimiento demográfico no está produciendo la esperada degradación de los recursos escasos dedicados a vejez, sino una sensible mejora de su bienestar respecto a los jóvenes. Afecto a las posiciones neoliberales, explica su hallazgo por los excesos protectores del Estado, prisionero de un voto gris que cada vez tiene más peso electoral. Abona así una línea argumental clásica del neoliberalismo, la de la «injusticia intergeneracional».

Inmediatamente empiezan a proliferar investigaciones similares en otros países, y los resultados son los mismos. Tanto en Japón (Preston, S. y Kono, S. 1988), como en buena parte de la Unión Europea (mediante los datos que empieza a arrojar el Luxemburg Income Study),<sup>7</sup> el sorprendente hallazgo resulta corroborado.

En la España de los años ochenta se da una situación peculiar. Las generaciones que ya tienen edades avanzadas encarnan todavía, y muy intensamente, la vejez despojada, y así sigue siendo descrita en los informes «tradicionales» como los de CARITAS (1986). Pero junto al tono asistencial que todavía impera llegan también los hallazgos del otro lado del Atlántico,<sup>8</sup> la ofensiva reformista, y el debate político acerca del futuro del Estado del bienestar y el sistema de pensiones. Durante los años noventa informes como los de Barea y otros (1995), y abundantes proyecciones de población financiadas por Bancos, Cajas de Ahorro o gabinetes de estudios como FEDEA, confirman que el sistema de pensiones no va a sostenerse, cuando todavía no ha conseguido evitar a la vejez existente su situación de pauperada.

El siglo XX se cierra en nuestro país con una vejez mayoritariamente desatendida por el Estado del bienestar. El sistema no ha hecho aguas y las «científicas» conclusiones que se habían extraído de las proyecciones demográficas se han revelado falsas en menos de una década: ninguna de ellas, ni siquiera las realizadas en la segunda mitad de los noventa, contemplaba la posibilidad de que

España alcanzase jamás los 40 millones de habitantes antes de empezar a declinar. El censo de 2001, en cambio, revela una población superior a esa en más de ochocientos mil personas (y otras fuentes oficiales, ante la incredulidad de sus propios artífices, arrojan casi otro millón adicional). ¿Cómo pudieron equivocarse tanto Barea, FEDEA, BBV y compañía?

Cada año se registra el mayor grado de envejecimiento demográfico alcanzado nunca en nuestro país (ya son más abundantes los mayores de 64 años que los menores de 15), pero los ocupados inscritos en el INEM también alcanzan cifras récord, y la Seguridad Social no sólo no tiene déficit, sino que sus excedentes actuales no tienen precedentes.

Como ya se había decidido hacer economías, los excedentes no mejoran las pensiones existentes; se «ahorran» «por si acaso» o financian simplemente los otros gastos del Estado. Mientras tanto, casi la mitad de las pensiones contributivas de jubilación y nada menos que el 82% de las pensiones de viudedad son inferiores a las 65.000 pesetas mensuales. En total, sólo en esos dos conceptos, son más de tres millones y medio las personas que tienen ingresos «oficiales» por debajo de los mínimos de pobreza.

Si el suministro de recursos en metálico a la vejez resulta escaso, ¿serán generosos al menos los servicios? Aún menos: el gasto en protección social por habitante es en España el más bajo de toda la Unión Europea (CES, 2001, pg. 678). El déficit de residencias es notable (la ratio es de 2,8 plazas por cada cien mayores, casi la mitad de lo recomendado por la OMS) y los problemas de dependencia se resuelven mayoritariamente en el seno de las familias y con escasa intervención pública, como nos recuerda el propio INSERSO (1995).

### **El peculiar modelo español de Estado del bienestar**

Pese a todo lo anterior, en España también se confirma, y muy intensamente, la mejora relativa de los mayores. En los más recientes análisis de presupuestos familiares, en las encuestas de gastos por hogar, en los trabajos sobre pobreza, puedo constatar que la situación relativa de las distintas edades está cambiando rápidamente. Como botón de muestra EDIS (1998) revela que la edad media de quienes padecen algún nivel de pobreza es de 32 años, pero la de quienes padecen pobreza extrema se sitúa en 21. Del total de los primeros, el 44% tiene menos de 25 años, mientras los mayores son el 20,3%. Del total de quienes padecen pobreza extrema, el 66% tiene menos de 25 años; los mayores son sólo el 4%. El contraste es enorme con el mapa de edades que la pobreza dibujaba hace pocas décadas (CARITAS, 1986).

En definitiva, los dos presupuestos comúnmente aceptados por todos los contendientes en el actual debate político sobre las consecuencias del envejecimiento demográfico se revelan falsos con especial claridad en el caso español. No es cierto que la vejez sea ya algo conocido, inamovible, y no es cierto que su mejora sea atribuible en exclusiva, ni siquiera principalmente, a la protección del Estado. A la pregunta ¿cómo ha mejorado tanto la vejez en España? (Pérez Díaz 2003c) hay que responder que por propios méritos de la población. Afortunadamente empiezan a llegar a los 60 años generaciones que no recuerdan la guerra civil, con una supervivencia mayoritaria, y ya prevista, buen estado general de salud y un patrimonio y unos recursos económicos muy superiores a los de sus jóvenes.

Estos «nuevos viejos» han vivido toda su vida sin grandes apoyos públicos, y siguen sin encontrarlos ahora, pero han podido disponer (quizá sean la primera generación que ha podido en España) de una vida completa sin fracturas vitales colectivas (guerras, epidemias y hambres) que todas las generaciones de más edad recuerdan muy bien. El resto ha sido duro e intenso trabajo, laboral y del hogar, desde la adolescencia, beneficiado del nuevo contexto urbano e industrial, pero sin grandes inversiones. España culminó su industrialización, en los años sesenta, con una explotación muy intensa de la mano de obra y sin exuberancia de nuevas tecnologías, ni en las empresas ni en las casas (los hijos del baby boom se criaron aún sin pañales desechables, neveras o aspiradoras).

Tenemos, pues, en nuestro país, una buena muestra de lo que las poblaciones consiguen si las condiciones históricas no frustran sus esfuerzos: nuestro mayores en ciernes formaron pronto pareja y familia, dotaron a sus hijos, pocos y bien cuidados, de unos recursos sin precedentes, incluyendo estudios superiores a los primarios, liberándolos de cualquier aportación en metálico o en servicios a la economía familiar, corriendo con los principales costes de su generalizada desocupación tras las crisis de empleo (la del petróleo y la de principios de los noventa). En muchos casos siguen manteniendo y cobijando a unos hijos que han ganado muchos años de juventud en relación a la que tuvieron sus progenitores. A todo lo anterior, hay que añadir que estos maduros-mayores, especialmente ellas, son también quienes ejercen en España de cuidadores. Cuidan de sus nietos (sus hijas o nueras, ahora sí, tienen pautas de actividad «modernas», pero los servicios de guardería o las ayudas a la familia son escandalosamente escasos en nuestro país) (Iglesias y Meil, 2001), y también cuidan de sus padres, ya muy mayores, elevando su nivel de bienestar a unos niveles que el gasto público no explica en absoluto.

### **A modo de conclusiones**

En mi opinión el envejecimiento demográfico es un resultado «secundario» de un cambio mucho más importante, el de la democratización de la supervivencia, que ha convertido en eficientes los sistemas reproductivos, provocado una auténtica revolución en los transcurso vitales y, por lo tanto, modificado la propia vejez. Todas las alarmas al respecto ignoran sistemáticamente este efecto transformador y siguen manteniendo una imagen-tipo de la vejez damnificada y dependiente, que no puede más que inspirar temores cuando prolifera inexorablemente en el futuro que nos dibujan las proyecciones de población.

Las factorías pensantes de la ideología hoy hegemónica se devanan los sesos para encontrarle un sentido a la historia o para justificar la creencia en el progreso, cuando tienen ante sus ojos una evidencia de su realidad. No es vejez lo que hemos ganado, sino años de juventud, y el procedimiento ha sido la extensión de ciertos niveles de salud, educación y bienestar al conjunto de la población.

Existe el peligro de que acabe sobrecargada la institución que ha conseguido un logro tan importante, que en España al menos no es tanto el Estado como la familia. En la tipología, ya clásica, de los diferentes modelos de Estado del bienestar que en su día dibujó Esping-Anderssen (1993), siempre quedó coja la ubicación de países como Italia o España. En ulteriores propuestas clasificatorias el problema se ha resuelto introduciendo también a la familia como instancia desmercantilizadora de personas y, por lo tanto, de bienestar (Adelantado y Gomà, 2000), que es lo que en realidad distingue acusadamente a nuestro país.



El peligro es evidente en la parquedad con que actualmente se forman nuevas unidades familiares en los países mediterráneos (España tiene hoy la fecundidad más baja del mundo). Es tal el cúmulo de responsabilidades y funciones de bienestar colectivo asumidas por las familias creadas en su día por nuestros maduros-mayores que la creación de nuevas familias con ese estándar social se ha vuelto difícilmente asumible para nuestros jóvenes. La pobreza se está extendiendo entre los jóvenes sobre todo allá donde no existe o falla el escudo protector familiar, y lo mismo ocurre con los muy mayores sin descendientes cuando tienen que padecer discapacidades graves.

La familia es un muy buen redistribuidor vertical de recursos (en su seno y a lo largo de la línea de filiación), pero un pésimo e injusto agente de redistribución horizontal, puesto que reproduce las desigualdades de partida. El Estado español está haciendo dejación de responsabilidades en la familia, aprovechando el novedoso éxito biográfico de los nuevos viejos y su supervivencia masiva hasta esa edad. En este sentido, y aunque estas generaciones deban seguir arrastrando el estigma de la vejez, su creciente peso demográfico no ha sido una catástrofe sino una suerte colectiva. Pero la continuidad de ese modelo es más que dudosa: no está claro que las siguientes generaciones puedan y estén dispuestas a asumirlo (en países más desarrollados que el nuestro no lo hacen), y la rápidamente creciente inmigración que hoy recibe España es «de primera generación» y no cuenta, por tanto, con el paraguas de sus mayores. Si se quiere ahorrar en gasto social para la vejez hay que empezar por cuidar bien a toda la población desde la infancia. Así hemos cambiado ya incluso nuestro físico (Fogel y Costa, 1997) y sería dramático dar marcha atrás.

Mi maestra Anna Cabré, consultada sobre el tipo de medidas a seguir ante el envejecimiento demográfico, afirma: «prefiero la inversión en capital humano al ahorro para contingencias futuras».9 Es un sinsentido que las instituciones financieras internacionales provoquen una reducción del gasto público en salud o en escolaridad para mejorar la solvencia económica de países con un futuro comprometido. Pero también lo es que España, con un ritmo de creación de riqueza extraordinario, haga economías regateando con quienes menos tienen y ya no podrán enderezar su situación porque son muy mayores; haciendo dejación en los maduros de responsabilidades en bienestar social que les sobrecargan de costes y funciones sin reconocerles el mérito; y comprometiendo el futuro demográfico y humano del país al no hacer las inversiones de futuro necesarias en los jóvenes y en liberar o ayudar a sus maduros padres con tantas responsabilidades como siguen teniendo.

1 Si bien la proporción de mayores viene creciendo en prácticamente toda Europa desde al menos el siglo XIX, el proceso fue lento inicialmente, y todavía se atenuó más durante el «baby boom» de la posguerra. Su aceleración es un efecto de la bajada posterior de la fecundidad, el «baby bust», pero los ritmos máximos podrían alcanzarse en las próximas décadas, cuando los que llegan a la primera vejez ya no sean las generaciones escasas nacidas durante la segunda guerra mundial o la guerra civil española, sino precisamente las generaciones llenas nacidas en los años sesenta.

2 Existe, de hecho, una tentación continuada de interpretar catastróficamente todo tipo de tendencias demográficas. El miedo que así se infunde permite a menudo justificar las más impopulares medidas de «prevención». Este tema ya fue sistemáticamente explorado en *The Fear of Population Decline* por Teitelbaum & Winter (1985).

3 En otro lugar he sugerido incluso que el acentuado envejecimiento de los países más desarrollados no sólo no es una desventaja comparativa sino una más de las condiciones favorables para su economía (Pérez Díaz, J. 2002).

4 Ambas ópticas se utilizan de forma similar por las técnicas de análisis demográfico (longitudinal o generacional la primera, y transversal o «de momento» la segunda), pero existe entre ellas una diferencia empírica considerable. El análisis generacional es en la práctica mucho menos frecuente, raro incluso, por la escasez de fuentes retrospectivas y por la dificultad de reconstruir series completas de indicadores por edad para las generaciones mediante la manipulación de largas series de fuentes «de momento».

5 Según L. Garrido (1996) se trata de una «revolución productiva» al mismo nivel que otras transiciones de la productividad laboral y, como ellas, ha liberado gran cantidad de mano de obra (en este caso la femenina) que puede ahora trasladar su trabajo a otros sectores.

6 Eso implica, ni más ni menos, la teoría del «disengagement» con la que Cumming, E. y Henry, E. (1961) estuvieron gestionando sus residencias geriátricas durante años.

7 Véase al respecto Comparative status of children and the elderly: preliminary tabulations and brief highlights from the Luxemburg income study de Smeeding, T. (1987) y, especialmente, la obra colectiva de J. L. Palmer; T. Smeeding y B. Boyle Torrey (1988) *The Vulnerable*, que reúne la mayor parte de los estudios nacionales realizados en aquel momento.

8 El discurso «moderno» es evidente en, por ejemplo, Díaz Casanova, M. (1989), «Envejecimiento de la población y conflicto entre generaciones».

9 Entrevista sobre «Las consecuencias del Envejecimiento Demográfico» en ABC, abril de 2002.

## BIBLIOGRAFIA

(El autor ofrece en internet los textos propios citados, así como un portal académico –no comercial– sobre el «Envejecimiento Demográfico», en la página [www.ced.uab.es/jperez](http://www.ced.uab.es/jperez)).

- Adelantado, J. y Gomà, R. (2000), «El contexto: La reestructuración de los regímenes de bienestar europeos», incluido en José Adelantado, *Cambios en el Estado del Bienestar*. Barcelona, Icaria, pp. 63-96.
- Ariès, P. (1987), *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*, Madrid, Taurus.
- BANCO MUNDIAL (1994), *Envejecimiento sin crisis. Políticas para la protección de los ancianos y la promoción del crecimiento*, Washington D.C., Banco Mundial.
- Barea, J. ; Domingo, E. ; Carpio, M. y otros (1995), *El sistema de pensiones en España: análisis y propuestas para su viabilidad*, Madrid, Círculo de Empresarios.
- Beauvoir, S. de (1983), *La vejez*, Barcelona, Edhasa.
- Cabrè i Pla, A. y Pérez Díaz, J. (1995), «Envejecimiento demográfico en España», incluido en SECOT, *Las actividades económicas de las personas mayores*. Madrid, Central Hispano, pp. 33-60.
- Caldwell, J. C. (1980), «Mass Education as a Determinant of the Timing of Fertility Decline», publicado en *Population and Development Review*, 6 (2): 225-256.
- CARITAS. (1986), *La pobreza en España. Extensión y causas*, Madrid, Caritas Española.
- CES (2002), *España 2001. Memoria sobre la situación socioeconómica y laboral*, Madrid, CES
- Cumming, E. y Henry, E. (1961), *Growing old, the process of disengagement*, New York, Basic Books.
- Díaz Casanova, M. (1989), «Envejecimiento de la población y conflicto entre generaciones», publicado en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (45): 85-113
- EDIS (1998) *Las condiciones de vida de la población pobre en España*. Fundación Foessa, Madrid.
- EDIS (1998), *Las condiciones de vida de la población pobre en España*, Madrid, EDIS-Foessa-Cáritas
- Esping-Andersen, G. (1993), *Los tres mundos del Estado del bienestar*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim.
- Fogel, R. W. y Costa, D. L. (1997), «A Theory of Technophysio Evolution, with Some Implications for Forecasting Population, Health Care Costs, and Pensions Costs», publicado en *Demography*, 34 (1): 49-68.
- Garrido Medina, L. (1996), «La revolución reproductiva», incluido en Cecilia Castaño y Santiago Palacios, *Salud, dinero y amor. Cómo viven las mujeres españolas de hoy*. Madrid, Alianza, pp. 205-238.
- Garrido Medina, L. y Requena i Díez de Revenga, M. (1996), *La emancipación de los jóvenes en España*, Madrid, Injuve.
- INSERSO (1995) *Cuidados en la vejez. El apoyo informal en España*, INSERSO, Madrid.
- Iglesias de Ussel, J. y Meil Landwerlin, G. (2001), *La política familiar en España*, Barcelona, Ariel.
- Palmer, J. L. ; Smeedig, T. y Boyle Torre, B., -Ed-. (1988), *The vulnerable*, Washington, D.C., The Urban Institute Press.
- Pérez Díaz, J. (2002). «Avantatges internacionals de l'envelliment demogràfic.» *Dcidob* (82): 14-17.
- Pérez Díaz, Julio (2001), *Transformaciones sociodemográficas en los recorridos hacia la madurez. Las generaciones españolas 1906-1945*. Tesis doctoral. UNED, Madrid.
- Pérez Díaz, Julio (2003a), *La madurez de masas*, Inmerso, Madrid (en prensa).
- Pérez Díaz, J. (2003b), «Feminización de la vejez y Estado del bienestar en España». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (en prensa).
- Pérez Díaz, J. (2003c), «¿Cómo ha mejorado tanto la vejez en España?» en las actas de las II<sup>as</sup> Jornadas sobre Políticas Demográficas y de Población, Zaragoza, Junio de 2002, CEDDAR, (en prensa).
- Preston, S. H. (1984), «Children and the Elderly: Divergent Paths for America's Dependents», publicado en *Demography*, 21 (4): 435-457.
- Preston, S. y Kono, S. (1988), «Trends in well-being of children and the elderly in Japan», incluido en John L. Palmer; Timothy Smeeding y Barbara Boyle Torrey, *The vulnerable*. Washington, D.C., Urban Institute Press, pp. 277-307.

- Smeeding, T. (1987), «Comparative status of children and the elderly: preliminary tabulations and brief highlights from the Luxemburg income study», presentada en Woods Hole workshop on demographic change and well-being of dependents, U.S. National Academy of Sciences.
- Teitelbaum, M. S. and J. M. Winter (1985). The Fear of Population Decline. San Diego, Academic Press.
- Tigges, L. M. (1991), «The Class Basis of Generational Conflict in the 1980s: Analysis and Critique of the Ageist Agenda», publicado en Journal of Aging Studies, 5 (1): 1-18.